

SOCIALISMO AFRICANO: REBELION PERMANENTE

1. *Introducción.*

Existe un contenido ideológico determinante del comportamiento de los gobiernos africanos en su lucha por la consolidación y por la hipertrofia de las ganancias y la minimización de las pérdidas con que se saldaron las «cuentas» entre *colonizadores* y *colonizados*. Incluso en la alternativa portuguesa es también una ideología lo que se opone a las doctrinas que han dirigido la evolución de las sociedades al sur del Sahara. Y esas ideologías se combaten mutuamente y son inconciliables en sus medios y objetivos; y no se ve forma de una coexistencia susceptible de suavizar los polos de roce y de fricción.

Parece, por ello, comprometida la tesis del «apaciguamiento ideológico», que se ha puesto de moda últimamente, como característica máxima de la época actual, aunque hay quien considera que la decadencia de las rivalidades ideológicas continúa siendo la etapa final del proceso expansionista de las sociedades.

Jean Meynaud nos subraya que «en el fondo de la tesis de la decadencia o de la muerte de las ideologías existe la convicción o la esperanza de que el socialismo—tomado en el sentido de una voluntad de transformación brutal y drástica de las relaciones sociales—no tiene razón de ser y que constituye una doctrina superada»¹.

Pero el *socialismo africano* es presentado hoy como la ideología básica para promover el desarrollo de los Estados africanos y como bandera desplegada contra el Occidente, como el mismo Meynaud reconoce cuando afirma:

¹ JEAN MEYNAUD, *El destino de las ideologías*, pág. 7.

«se habla mucho de *Tercer Mundo* como una realidad homogénea, inclusive de naturaleza monolítica. Pero todos sabemos que la noción abraza, de manera artificial, elementos de extrema heterogeneidad social y económica que contribuyen para resaltar, sobre todo en Africa, la oposición entre Este y Oeste. Es cierto que pone, al menos de momento, una intención política unificadora, y es justamente uno de los elementos de esa mentalidad la repulsa de las ideologías occidentales o, en la mejor de las hipótesis, la desconfianza en relación con las mismas»².

Y más adelante, el mismo autor completa su razonamiento: «En el fondo es nuestro universo completo, con o sin la tendencia de apaciguamiento, lo que el *Tercer Mundo*—especialmente las nuevas *élites*—declara no aceptar. Este sistema es condenado, no porque contenga en sí mismo elementos pacifistas—incompatibles con el deseo de una expansión económica a todo precio—, sino por razón de sus inspiraciones fundamentales. El argumento de la ausencia de la irradiación del pluralismo ideológico tampoco podrá servir de justificación a la querrela sobre la desvalorización de los conflictos, porque los fenómenos se sitúan en planos distintos de observación y de juicio³. De ahí el interés de análisis del socialismo africano, a la luz de su capacidad práctica, ya que, como señala Jacques Ellul, «las ideologías se imponen por los hechos y por las situaciones»⁴.

Iniciamos el trabajo con la dificultad de encontrar una definición precisa de *socialismo africano*, dificultad transparente, en los textos de sus propios teorizantes.

Dicen unos que es «una actitud entre las personas comunes de nuestra sociedad y que no tiene necesidad de codificarse en una teoría científica para encontrar su existencia»⁵. Afirman los mismos que representa en síntesis, «un condicionalismo mental o una disposición de espíritu»⁶. Otros preguntan: «Desde el momento en que somos todos socialistas, ¿por qué perder el tiempo en definir el *socialismo africano* que está en nuestra mentalidad y del que cada uno sabe el significado?»⁷. Doudou Thiam es más realista y objetivo al decir que «de momento es importante retener que la fuerza ideológica del

² *Ibidem*, pág. 84.

³ *Ibidem*, págs. 87-88.

⁴ J. ELLUL, *L'Illusion Politique*, pág. 43.

⁵ TOM MBOYA, *Transition*, 1966, 11, pág. 6.

⁶ *Ibidem*, 8, págs. 17-19.

⁷ BETHWELL A. OGOT, *East African Journal*. Abril 1964, págs. 2-6.

socialismo en Africa reside, en parte, en el hecho de haberse declarado, desde el principio, ser un medio de lucha anticolonialista»⁸.

Pero podrá interesar a la ciencia política conocer la medida en que la ideología se desdobra, según Karl Manhein, en su concepción particular y total, definiéndose por las raíces y por la intervención global tenida en la perspectiva y prospectiva histórica de los pueblos, de las sociedades y de los grupos.

Por eso mismo haremos, aunque de modo sucinto, un análisis de las líneas de fuerza del socialismo africano, a partir de sus aspectos parciales, siguiendo por la confrontación con la naturaleza total del socialismo europeo, y terminando por poner frente a frente la teoría con la realidad de las sociedades, en su conjunto, porque éstas condicionan fuertemente el grado de antagonismo o de paralelismo existente entre la ideología y la utopía considerada ésta como construcción puramente imaginaria e irreal. Y concluiremos sabiendo o no si el socialismo africano, tal como declaraba recientemente un ministro de Malí, S. B. Kouyaté, se «conforma con las estructuras reales africanas»⁹ o si está en flagrante contradicción con ellas, como afirman otros, sin que pase de una síntesis mítica de elementos incompatibles.

2. *Las líneas de fuerza del socialismo africano.*

El socialismo en Africa comporta corrientes diversas en sus ambiciones, en su contenido y en su medio.

El llamado *científico y de inspiración marxista*, defendido por Modibo Keita, Kwame N'krumah y Sekou Touré, tienen poco en común con el calificado por Léopold Senghor de *humanista*, por aparecer cargado con la influencia del pensamiento europeo-socialista utópico por un lado y cristiano social por otro. Este mismo se aparta del socialismo llamado *tradicionalista*, inspirador de la acción de Julius Nyerere y de otros dirigentes de Africa oriental.

Así se hace difícil encontrar una línea de coherencia susceptible de indicarnos, con precisión, cuál es el diagnóstico y el pronóstico que la *vía africana del socialismo* contiene para encarar el presente y el futuro de las estructuras africanas.

Y esto porque habría que responder primero a preguntas como éstas: ¿Los africanos optaron por el socialismo democrático o por el de las demo-

⁸ THIAM, DOUDOU, *La Politique Étrangère des États Africains*, pág. 37.

⁹ L. V. THOMAS, *Les idéologies Nègro-Africaines d'aujourd'hui*, pág. 26.

cracias populares? ¿Marcan su preferencia por un tipo de desarrollo económico fundado sobre el respeto al hombre o por un desarrollo autoritario? ¿Cómo concilian la concepción tradicional del *socialismo*, que es el de la nacionalización de las fuentes de producción, con el hecho de no tener el Estado capacidad financiera y técnica para hacerlo y de no poder dispensar, por ello, la ayuda de la subvención exterior de tipo acentuadamente capitalista y privado? ¿Cómo es posible conciliar la tesis de la *negritud*, que envuelve el respeto hacia las estructuras tradicionales africanas, con la tesis de *socialismo*, imponiendo su profunda modificación y, más aún, su universalización?

En los capítulos siguientes, procuraremos inclinarnos con más detalle sobre aquéllas y otras tantas discrepancias e incógnitas; de momento, sólo importa decir que, no obstante la indefinición apuntada, hay por lo menos en apariencia una serie de denominadores comunes capaces de determinar las «líneas de fuerza del socialismo africano».

Estas «líneas de fuerza» permiten concluir que el socialismo africano pretende ser:

- a) Una filosofía social y un humanismo integral.
- b) Una técnica, o mejor, un complejo de técnicas.
- c) Una construcción específica y original adaptada a las realidades africanas; y
- d) Una ética dirigida.

a) De todos los líderes políticos africanos es, incontestablemente, Senghor el que más ha analizado el contenido filosófico del *socialismo africano*. La primera preocupación del jefe del Estado del Senegal ha sido la de examinar antes de nada si las nociones de socialismo, por una parte, y de cultura y religión, por otra, son inconciliables o no. «¿Podremos integrar en el socialismo los valores culturales negroafricanos, singularmente religiosos?»¹⁰. Pregunta para añadir a continuación «no somos marxistas en el sentido que hoy se da al vocablo, en la medida en que el marxismo es considerado como una metafísica atea, una visión total y totalitaria del mundo¹¹. Y partiendo de la verdad de que existe en el hombre un elemento trascendente, que está más allá del mundo sensible—el espíritu—, Senghor trata de «respiritualizar»

¹⁰ LÉOPOLD SÉDAR SENGHOR, *Nation et Voie Africaine du Socialisme*, pág. 42.

¹¹ *Ibidem*.

el marxismo y de «democratizar» el socialismo, en la certeza de que «la planificación no debe ser teórica, sino gravitar alrededor del hombre, teniéndolo como centro, soporte y finalidad»¹².

En esa perspectiva el socialismo africano se nos aparece, de hecho, con un aspecto humanitario, que tememos no haya tenido hasta el momento más adeptos que el propio Senghor, encontrando detractores en su propio país, destacadamente Mamadou Dia; éste lo condenaba como «premeditado en el gabinete de trabajo del filósofo y del sociólogo, siendo un ideal desarraigado de las realidades y sin el sentido y la fuerza revolucionarias indispensables para hacer apagar las reminiscencias de la *situación colonial*»¹³.

Y con Mamadou Dia estarán muchos otros al considerar, por encima de todo y más allá de la filosofía y del humanismo, el socialismo africano como el medio para la lucha anti-imperialista y la base de toda la acción revolucionaria, necesitadas de obedecer más a las cuartillas de Marx, Engels y Lenin que a las «bondadosas» teorías de Senghor.

b) Como técnica implicaría, según L. V. Thomas, cinco objetivos principales:

- La planificación por el Estado, o «racionalización científica», de los programas que hacen necesarios la ausencia de los empresarios; la falta de infraestructuras económicas y sociales; la limitación de los recursos financieros; la necesidad de controlar el comercio exterior, y la irresponsabilidad de las masas.
- La promoción, la modernización y la diversificación de la agricultura en virtud de que «una economía próspera asegura automáticamente el aumento del poder de compra de un gran número de personas en los países agrícolas»¹⁴.
- La creación de la industria tratando de valorar la producción agrícola, de hacer frente al problema del empleo (unido a la inflación demográfica) y de aumentar la renta nacional.
- La inversión humana «voluntaria, consentida o impuesta», según los casos.

¹² DOUDOU THIAM, ob. cit., pág. 47.

¹³ L. V. THOMAS, ob. cit., pág. 3.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 31.

— Y el desarrollo comunitario, identificado con la reordenación rural; la existencia de «comunidades», y la constitución de cooperativas de producción y consumo.

c) Como construcción específica original, adaptado a las realidades africanas, tiene por base el siguiente silogismo: los africanos son, por naturaleza, un pueblo comunitario; el socialismo es una extensión del comunismo. Luego el socialismo es deseable para los africanos, y el África es ya, por ello, una sociedad socialista¹⁵.

En la pragmática se atiende a cada una de las dos consecuencias. La primera porque permite evitar toda discusión de principios; la segunda porque posibilita la adopción de posiciones reformistas y, al mismo tiempo, cerrar los ojos a un cambio social susceptible de afectar las instituciones de base ancestral (por eso dice Nyerere que la familia extensa es el fundamento y el fin del socialismo africano).

Por otro lado, ambas transforman, en realidad, el *socialismo comunitario* en *paternalismo estatal*. En la base de esta sutileza, el Estado es considerado como un «pater familias», y como tal es el que debe tomar las iniciativas de interés general y coordinar la acción de las comunidades familiares¹⁶. Los textos oficiales del socialismo africano no dan explicación alguna sobre la identificación de la familia tradicional con el Estado; pero Kenyatta no vacila en comparar, por ejemplo, el «Consejo de los Ancianos» con el Parlamento¹⁷.

N'Krumah, a su vez, deja expuesto de modo muy claro que «en la línea ancestral del comunismo, el paso al socialismo reside en la reforma, porque los principios fundamentales son los mismos; de hecho, en la sociedad comunista el socialismo no es un credo revolucionario, sino la reafirmación, en lenguaje contemporáneo, de los principios ancestrales¹⁸».

El mismo político es aún más explícito cuando afirma «En la medida en que se desarrolla el renacimiento político, social, económico y cultural del África, se comienza la búsqueda de un sistema social nuevo correspondiente a las tradiciones, a la Historia, al medio ambiente y a las bases comunales

¹⁵ ALBERT MEISTER, *L'Afrique, Peut-Elle Partir?*, pág. 316.

¹⁶ JOHN O'CONNOR, *Family and Socialism*, págs. 11-14.

¹⁷ Discurso pronunciado en la Cámara de los Diputados, *Reporter*, 5.

¹⁸ ALBERT MEISTER, ob. cit.

de una sociedad africana, que a pesar de la influencia occidental, queda aún en larga medida inmutable. En vastas regiones rurales del Africa existe una propiedad colectiva de la tierra, y el pueblo trabaja sobre la base de cooperación. Tales son los trazos esenciales predominantes aún en la sociedad africana, y no podemos hacer nada mejor que adaptarlos a las exigencias de una estructura más moderna de la sociedad»¹⁹.

Se trata, por tanto de concebir un socialismo de Estado como expresión de la individualidad sociocultural africana: sistema de pensamiento, estructura social, organización religiosa, etc.; y todo en la convicción, reafirmada por Doudou Thiam, de que «las sociedades africanas han vivido y progresado siempre en el marco de un socialismo empírico, natural, quizá hasta instintivo»²⁰.

d) Como ética dirigida, ensaya, en palabras de Sekou Touré, «reencontrar las virtudes originales del negro, promover la superación total de la mentalidad de colonizado, poner énfasis sobre el amor al trabajo, desarrollar la responsabilidad de cada uno y sustituir el comportamiento individualista adquirido bajo el régimen colonial por el comportamiento de solidaridades específicamente negroafricanas»²¹.

Senghor no habla de otro modo: «el socialismo es, más que el uso de las técnicas más eficaces, un sentido comunitario de retorno al africanismo. Es la lucha sin cuartel contra las deshonestidades y las injusticias sociales, los sueldos excesivos, el despilfarro del dinero público, el tráfico ilícito. Es aún una tensión moral que hay que mantener desde la base hacia la cumbre de la pirámide social. ¿Cómo? Por el control estricto ejercido por el partido dominante, que, positivamente, animará tanto a las masas urbanas como a las masas rurales»²².

Y así tenemos confundido el socialismo africano con el partido dominante que monopoliza el poder y la vida política casi por todas partes, no siendo más que, señala Jean Buchmann, la expresión «de los intereses sectarios y de los símbolos exclusivistas y agresivos de un determinado grupo étnico, regional o cultural»²³, lo que es, en resumen, la negación de toda buena ética social y política.

¹⁹ L. V. THOMAS, ob. cit., pág. 33.

²⁰ DOUDOU THIAM, ob. cit., pág. 33.

²¹ L. V. THOMAS, ob. cit., pág. 34.

²² *Ibidem*.

²³ JEAN BUCHMANN, ob. cit., pág. 297.

3. *Socialismo europeo y socialismo africano*

Las condiciones europeas que provocaron el apareamiento de dos tipos de regímenes socioeconómicos—el capitalismo tradicional y el socialismo, comportando este último, a su vez, dos tendencias preponderantes: el marxismo-leninismo y la actitud reformista—son completamente distintas de las del continente africano, ya en símbolos mentales, ya en niveles económicos, ya incluso en razones y en técnicas de evolución.

Todo ello tiene su justificación en la historia de las ideas políticas y de los hechos contemporáneos, lo que hace inoportuno trazar aquí un paralelismo, por ser demasiado exhaustivo y, en ciertos casos, hasta imposible, dada la falta de elementos de comparación.

A nuestro objetivo importa, sin embargo, retener las siguientes diferencias principales:

1.º En Europa el *socialismo* estuvo ligado al movimiento obrero, a la lucha de clases trabada entre el proletariado y la burguesía, resultante de la revolución industrial del siglo XIX. En Africa, por el contrario, no existe, en el estado actual, un capitalismo africano susceptible de provocar fenómenos idénticos. Esto significa no existir proletariado ni burguesía en estado de tensión susceptible de engendrar una lucha de clases de tipo clásico, como al que dio lugar a la explosión revolucionaria europea, en especial en la Unión Soviética.

A veces se opone a esta conclusión la experiencia de las antiguas colonias del oriente ruso, transformadas en «Repúblicas Socialistas». Pero eso se derivó de condiciones diferentes: Azerbaijón, Kirguizia, Kazakistán, Usbekia, etc., se desarrollaron no como Estados independientes, sino en el seno de un mismo Estado centralizado, el Estado multinacional soviético. Las repúblicas avanzadas—Rusia, Bielorrusia y Ucrania—suministraron una amplia parte de los medios necesarios para combatir el atraso de las otras regiones: ayuda financiera, material, encuadramiento político y técnico, etc.

Y fue la mano de obra extranjera la que produjo la transformación en esas repúblicas, pues en 1929 no se contaba aún más que con un 6,35 por 100 de cuadros autóctonos en Kirguizia, un 7,9 por 100 en Usbekia, 12,1 por 100 en Kazakistán y 36,8 por 100 en Azerbaijón. Y Rusia tenía, en 1914, 2.800.000 trabajadores en la industria, 500.000 mineros y 200.000 empleados; esto explica

que fuera allí más fuerte que en Europa occidental la politización de las luchas proletarias. Esta politización, prolongada a las repúblicas periféricas, demuestra, según Yunussov, que «la experiencia soviética hace pensar que sólo una unión internacional de trabajadores antes atrasados y la clase proletaria más avanzada podrá ser una garantía segura del progreso de los pueblos hacia el socialismo»²⁴.

Esta conclusión, tomada al pie de la letra, deja pocas perspectivas a los nuevos Estados africanos, incluso porque en ninguno de ellos es la clase trabajadora, aunque anquilosada, la más desfavorecida, y dentro de su estructura tradicional, no está en el centro de gravedad de las centrales socialistas o comunistas internacionales.

Así el socialismo africano continúa sin pasar de un socialismo de «laboratorio».

2.º La segunda diferencia estriba en el hecho de haber comenzado en Europa la marcha hacia el socialismo por la nacionalización de la gran industria, mientras que ésta es en Africa casi inexistente.

3.º La tercera resulta, precisamente, de la predominancia de la agricultura y de la dificultad de modificar, de modo radical, las estructuras agrícolas, creando una «economía de mercado», sin tradiciones y sin posibilidad de imponerse de un modo acelerado, ya por falta de condiciones básicas, ya por el traumatismo mental y estructural provocado. Y esto, incluso, porque esa «economía de subsistencia» es el modo de vida de la gran masa de la población rural que, de momento, no parece tener otras ambiciones que la del vivir dentro de los parámetros mentales y sociales de sus limitadas necesidades.

4.º La cuarta diferencia reside en el papel de la religión, que en Africa aparece íntimamente ligada a la vida y a los sentimientos de las poblaciones.

De todo ello resultó el intento, ya señalado, de la reelaboración del socialismo a la luz de las realidades africanas, en especial del marxismo-leninismo, traducida en el siguiente cuadro comparativo, compuesto por F. Brockway²⁵:

²⁴ M. YUNUSSOV, «L'Expérience de l'Orient Soviétique». *Recherches Internacionales*, págs. 39-40, 207.

²⁵ F. BROCKWAY, *African Socialism*, págs. 23-24.

LUIS FELIPE DE OLIVEIRA E CASTRO

TEMAS	MARXISMO-LENINISMO	SOCIALISMO AFRICANO
Ateísmo.	Sí.	No.
Materialismo.	Sí.	No (excepto, en cierta medida, N. Krumah).
Dialéctica.	Sí.	Sí.
Alianza con el capital.	No.	Sí, pero con independencia política.
Internacionalismo.	Sí (al menos doctrinal).	Sí, pero con la condición de no comprometer las naciones africanas.
Especificidad.	No (es peligrosa).	Sí (es necesaria).
Determinismo histórico.	Concepción rigurosa.	Interpretación maleable.
Lucha de clases.	Sí (es esencial).	No (debe evitarse a toda costa).
Enajenación.	Sí.	Sí.
Nacionalización, apropiación colectiva.	Sí (absoluta y totalmente).	No se considera verdaderamente esencial.
Partido único, dictadura del proletariado.	Sí.	Partido único.
Ideal colectivista.	Sí.	Ante todo ideal comunitario.
Ética nueva.	Sí.	Sí.

En resumen, Kenyatta enunció de este modo los trazos fundamentales del socialismo africano: «Democracia política, responsabilidad social mutua, diversidad de las formas de propiedad, existencia de control para asegurar que la propiedad sea utilizada en interés de la sociedad, difusión de la propiedad para evitar las concentraciones del poder económico e índices progresivos para permitir una equitativa distribución de las rentas ²⁶.

Como se ve, todo es vago y sin sistematización alguna, porque la verdad es que no puede haber auténtico socialismo en donde las naciones sólo son proletarias por el uso y el abuso de este nombre, siendo, en su mayoría, países pobres, poblados de campesinos pobres, sin señores o grandes propietarios y sin contradicciones profundas entre las clases sociales.

²⁶ ALBERT MEISTER, ob. cit., pág. 315.

La opción socialista en África, o en otros países subdesarrollados, tiene de este modo poco significado real, porque no basta decidirse por el socialismo para realizarlo donde las necesarias condiciones de base no se hayan reunido aún.

Y es que, por encima de todo, los socialismos africanos encuentran una situación inversa a la verificada en el Occidente en el siglo XIX. En Europa, los dominadores eran los burgueses; es decir, una clase que sacaba su fuerza de la función económica para ganarse la máquina del Estado cuando ascendía al Poder. En el África negra de hoy, más aún que en el tiempo de la colonización, y de modo general, la economía no es la que asegura la promoción de los conflictos sociales, sino la política; ésta permite a los gobernantes constituirse en clase privilegiada, definida por su género de vida y por su influencia en la economía, y es tentada a aprovecharse de ello para construir un dirigismo de Estado, que sólo forzosamente se podría calificar de socialismo. Esta es la gran diferencia y la gran verdad.

4. *Socialismo y tradicionalismo.*

El socialismo africano pretende ser, como hemos dicho, «una construcción específica y original adaptada a las realidades africanas». Y esto porque se considera que las «realidades africanas» integran un comportamiento predispuesto a la aceptación de la concepción y del modo «colectivista» de la vida.

Está implícita en esa corriente de pensamiento la intención de mantener el *statu quo* sociológico africano. Pero como el *socialismo africano* se presenta también como una «técnica» o un «complejo de técnicas» de transformación estructural, se produce un choque de concepciones hasta ahora inconciliables.

De hecho nos encontramos con un estado de tensión resultante de la confrontación de fuerzas que se combaten entre sí. Intentan unas impulsar las innovaciones y otras conservar las viejas tradiciones. En resumidas cuentas, es la lucha entre el «tradicionalismo» y el «modernismo», lo que representa hoy el problema máximo del «África Negra».

Y sí, como enseña Foster, «uno de los factores esenciales para determinar si los pueblos están dispuestos a aceptar o a rechazar las innovaciones por encima de los obstáculos de carácter étnico y seudocientíficos, es la forma de cómo los mismos pueblos comprenden y aceptan el nuevo fenómeno»²⁷,

²⁷ G. M. FOSTER, *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, pág. 33.

el socialismo africano vive subyugado por este círculo vicioso permanente: —desea individualizarse y hacerse entender por las masas—, con el pretexto del mantenimiento del *statu quo*, pero no consigue, al mismo tiempo, modificarlo, porque aquéllas no están preparadas ni predisuestas. Y sin que se modifique ese *statu quo*, se tornará imposible promover un desarrollo acelerado de la economía y de la sociedad, que es también objetivo relevante del socialismo africano. El tal *socialismo* embrionario vislumbrado por los teóricos no se dinamiza así, y por eso se engendra un dualismo no susceptible de romperse pacíficamente entre la ideología y la acción y entre ésta y las fuerzas de inercia de la sociedad tribal, que es una sociedad cerrada y solidaria en los intereses contundentes de «pequeño grupo». A esa solidaridad de intereses y a aquella dinámica lenta se suman muchas otras barreras, tales como la falta de opinión pública, el partidismo racial, la autoridad dentro de la familia, el matriarcado y el patriarcado, la autonomía de la mujer, las dificultades idiomáticas, la pulverización regional, etc.

Es cierto que la «ética de la mudanza planificada», defendida por el socialismo africano como medio esencial de transformación progresiva, puede ayudar a los pueblos a modificar sus culturas y hábitos arraigados hace siglos, pero no puede por sí sola conseguir su adhesión espontánea y activa a la dinámica social que implica. Y porque esto presupone, como también indica Foster, «el conocimiento de las características de cada pueblo, de los métodos más adecuados para promover la transformación y de las consecuencias sociales y económicas que se piense provocar, ya que el técnico es el que sabe adaptar la tecnología y los procedimientos científicos al medio ecológico del país en desarrollo»²⁸.

Algunos dirigentes africanos—y principalmente los estamentos más jóvenes formados en las universidades europeas más familiarizados con la ciencia antropológica y con la ecología humana—comprendieron ya que es aquél el camino, reconociendo al mismo tiempo las grandes y casi insuperables dificultades que tendrán que vencer para alcanzar a corto plazo sus propósitos.

Y es dentro de esta perspectiva de futuro donde se justifican las aprensiones habidas en las «Rencontres Internationales de Bouaké»²⁹, subordinadas al tema general «Tradition et Modernisme en Afrique Noire»³⁰ donde cerca de

²⁸ Ob. cit., pág. 247.

²⁹ Se celebraron en enero de 1962, en Bouaké (Costa de Marfil), organizadas por el Centro Cultural del Monasterio Benedictino.

cincuenta y cinco «expertos» africanos dijeron de modo muy claro que «se pretende situar a Africa en la coexistencia entre su pasado y su futuro, entre sus propias tradiciones y las relaciones exteriores, de lo que resulta, por lo menos de momento, un equilibrio, inestable y precario, entre dos mundos diversos y distantes». Y un equilibrio estable no podrá lograrse sin que el «Africa Negra» venza el propio dilema creado al rechazar la colonización, que era y es—donde aún se mantiene como proceso histórico inevitable de las sociedades subdesarrolladas—una verdadera «ética de mudanza planificada», para abrir las puertas a un proceso de evolución que, aunque quiera hacerse creer lo contrario, está en contradicción constante con el «ser» socio-cultural de la mayoría de los africanos.

5. *Socialismo y subdesarrollo.*

El subdesarrollo es uno de los obstáculos mayores al «desarrollo acelerado» que pretende ser la respuesta de los dirigentes africanos a las barreras referidas anteriormente. Y es que, según ellos, al procesarse el desarrollo de la economía se dará, automáticamente, el «despegue» indispensable de las voluntades y de las mentalidades. Y van más lejos, afirmando estar el subdesarrollo relacionado con la «época colonial», habiendo sido las independencias adquiridas un paso al frente en el sentido de su enfrentamiento. Sea como sea, el subdesarrollo resulta, de modo fundamental, de un «desequilibrio interno y cumulativo entre el crecimiento demográfico y el desarrollo económico»³¹. Ahora bien, esa distorsión existe en una sociedad colonial o no—en donde determinada mayoría—, aborigen o extranjera, saque partido de la «anquilosis» de las estructuras tradicionales, de forma que restrinja de tal modo el mercado interior que las actividades económicas modernas se limiten, provocando el subempleo masivo, en virtud de que la población crece más de prisa que los recursos. De ahí deriva el dilema mayor para los actuales dirigentes africanos: o renunciar a sus privilegios para redistribuir mejor las rentas, *deshipertrofiando* el sector terciario, en beneficio de los sectores primario y secundario de la economía, o mantener la desproporción entre los servicios—que llegan en la mayor parte de los países a absorber más de un 80 por 100 del erario pú-

³⁰ *Tradition et Modernisme en Afrique Noire*, pág. 130.

³¹ YVES LACOSTE, *Les Pays Sous-développés*, pág. 76.

blico—y las otras actividades productivas y rentables que, por falta de capitales disponibles, no se diversifican ni se repertrechan.

Pero esto solo no bastaría, porque donde no hay «economía de mercado», no hay rentas, y donde no hay rentas, no hay posibilidades de ahorro, y donde no hay ahorro, no hay margen para la autoinversión, y en donde no hay autoinversión, no puede haber capitalismo privado (empresas autóctonas) ni capitalismo de Estado (socialismo), y donde no hay capitalismo privado o estatal, no hay independencia económica, y si ésta no existe, no pueden existir industrias nacionales, y en donde no hay industrias, no hay «economía de mercado», y en donde no hay «economía de mercado», no hay puestos de trabajo, y si no hay puestos de trabajo, se eterniza el desequilibrio cumulativo entre el crecimiento demográfico (la natalidad es mayor donde se verifica el subempleo) y el desarrollo económico. Y donde existe éste se cristaliza el subdesarrollo.

Hemos enunciado una serie de «círculos viciosos» contra los que no se podrá luchar, como señala Perroux, «sino por medio de programas plurinacionales que son opuestos al aprovechamiento estrictamente nacional y nacionalista de los recursos»³².

Esto ha implicado, no sólo por falta de capitales, sino también de cuadros capaces de planificar y ejecutar, el tender la mano a la ayuda externa que no es gratuita.

Y retenemos la pregunta de Perroux: «Si la imposición de una estructura económica extranjera a las necesidades locales es el vicio del colonialismo, un socialismo industrial procedente del exterior, ¿concederá a los pueblos subdesarrollados la facultad de formular sus propias preferencias?»³³.

Como es más fácil que la respuesta sea negativa, nos encontramos en la situación de ser el propio concepto de autodeterminación el que quede comprometido de modo irremediable y con él el socialismo africano, que podrá pasar, efectivamente, a ser socialismo, pero dejará, por mucho tiempo, de ser africano.

6. *Socialismo y neocolonialismo.*

El socialismo africano se dice, por naturaleza, incompatible con cualquier forma de colonialismo o de neocolonialismo, porque «socialismo», como medio

³² FRANÇOIS PERROUX, *L'économie des Jeunes Nations*, pág. 45.

³³ FRANÇOIS PERROUX, ob. cit., pág. 49.

de liberación nacional y de lucha antiimperialista, y socialismo instrumento de desarrollo económico, son aspectos complementarios de un mismo problema, en virtud de ser la independencia política una seducción engañosa si no se apoya sobre la independencia económica»³⁴.

Pero si como «instrumento de desarrollo económico» el socialismo africano ni puede dispensar el concurso de los capitales y de la técnica importados, ni tiene autonomía para nacionalizar las empresas y los bancos creados por el «régimen colonial», es evidente que la práctica redundaría en la abdicación de la soberanía nacional, en favor de la influencia económico-política de las antiguas metrópolis o de nuevas fuentes de financiación. Y si no hay «independencia económica», tampoco hay «independencia política», sucediendo, como dice Tom Mboya, ser «imposible poner en práctica el socialismo africano desde que los Estados africanos sean víctimas—en virtud de sus propias insuficiencias y carencias coyunturales y estructurales—del neocolonialismo»³⁵.

Los dirigentes africanos están conscientes del peligro, y también, como consecuencia suya, de la posible «balcanización» del continente, pero no han tenido otro remedio que aceptar el riesgo para poder sobrevivir.

Y el mayor usufructo ha ido a los dadores de capital, sean ellos organizaciones internacionales, países de Europa Occidental, como Inglaterra, Francia y Alemania Federal; o de América, como los Estados Unidos; o del bloque comunista, como la Unión Soviética y Checoslovaquia; o de Asia, como China Continental y Japón. Esas organizaciones o esos países sólo están interesados en invertir cuando tienen la garantía plena de la mayor rentabilidad de su dinero; y esto sólo es posible por la existencia de baja tributación, de bajos salarios y de bajos precios de la energía y de la tierra, lo que implica el mantenimiento del subdesarrollo y el pago de altos intereses políticos.

El neocolonialismo no aparece, por tanto, como una fatalidad transitoria, sino como una realidad susceptible de eternizarse, porque los países industrializados de Europa y América no pretenden nuevos productores concurrentes, pero sí mercados «vírgenes» para la colocación de sus productos y, principalmente, para que les suministren materias primas; de ahí la conveniencia de que el África sea un centro extractivo y no un centro transformador.

Los proyectos de industrialización del continente africano—como medio de liberación total y de emancipación económica—no se podrán concretar, por

³⁴ DOUDOU THIAM, ob. cit., pág. 40.

³⁵ TOM MBOYA, *Libertad y futuro*, pág. 204.

ello, a menos que los países africanos consigan vencer su división actual y superar sus tensiones políticas, internas y externas, con el fin de unirse en un esfuerzo común de cooperación, ya que la interdependencia concertada y el desarrollo recíproco condicional al nacimiento o renacimiento de las naciones ³⁶.

En este caso concreto, el socialismo africano tiene razón, por lo menos teórica, cuando procura disminuir, por la vía del panafricanismo, el grado de dependencia exterior por el aumento del nivel de «ayuda mutua» en la dimensión de todo el continente.

7. *Socialismo y tensiones políticas.*

Hemos hablado de tensiones políticas—reflejo de otras tensiones internas y externas—porque condicionan en mucho la estabilidad de mandos y la eficacia gubernativa que también son corolarios de socialismo africano.

La lucha para conservar y alcanzar el poder, en el plano interno, por parte de minorías más o menos identificadas y la carrera hacia el liderazgo, en el plano externo, por esfuerzo de un político, de un Estado o de un grupo de Estados, han constituido el aspecto más destacado de esas tensiones, caracterizadas por la improductividad flagrante de las experiencias de saneamiento administrativo y social que se han intentado. Basta decir que, desde 1960 a 1966, se verificaron doce golpes de Estado, trece pronunciamientos y seis atentados, para denunciar la intranquilidad como causa de las mayores preocupaciones, de la falta de un *consensus* nacional y de la existencia de una insatisfacción permanentes de masas y *élites*.

Y si consideramos que muchos de aquellos movimientos fueron preparados e instigados allende las fronteras de los países donde estallaron, nos encontramos con el tráfico de influencias y con las fuerzas de presión de fuera hacia adentro, que se reconocen en muchas regiones sometidas a los designios imperialistas de Estados limítrofes o de intereses extraafricanos.

Del punto de vista que nos interesa analizar, esas tensiones políticas—reflejo de otras tensiones sociales—revelan la falta de unanimidad doctrinal del socialismo africano como «base de acción revolucionaria» que lo aleja del significado corriente de ideología, entendida «como sistema de ideas que constituyan una doctrina política o social inspiradora de los actos de un Gobierno

³⁶ FRANÇOIS PERROUX, ob. cit., pág. 75.

o de un partido»³⁷, o, en sentido más amplio, como un sistema coherente u organización de ideas, de representación intelectual, susceptible a determinar, en cierta dirección, el comportamiento humano³⁸.

Estará todo ello más próximo, quizá, del concepto de Raymond Arón cuando dice que las ideologías son «formulaciones al mismo tiempo emocionales y aparentemente lógicas, de los deseos, sueños y rebeliones del hombre, frente a una naturaleza social que se le presenta extraña y próxima»³⁹. Y esto porque el socialismo africano es más emocional que racional y se exterioriza como una rebelión permanente y no como un sistema coherente de ideas.

Esta es la conclusión final que debe extraerse de todo lo anteriormente escrito.

LUIS FELIPE DE OLIVEIRA E CASTRO

³⁷ LUIS GÓMEZ ARANDA, *El tema de las ideologías*, pág. 63.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ LUIS GÓMEZ ARANDA, ob. cit., pág. 66.

